



La moral combativa en la guerra aérea

Por el General AYMAT.

La muerte de Pétain y el tributo póstumo a su gloria militar ha unido en nuestro espíritu el recuerdo de dos lecciones de arte militar: antiquísima una, al relacionar la técnica con la moral; recentísima la otra, de cómo se puede provocar, desarrollar y resolver satisfactoriamente en estos días de hoy una grave crisis moral en un arma tan técnica como es la aérea y en país tan civilista como son los Estados Unidos de Norteamérica.

Podrá enjuiciarse como se quiera, y es la Historia, con la serenidad de espíritu que sólo el tiempo y la desaparición de los actores con su desacierto, imprevisión o apasionamiento da, quien habrá de dar su fallo sobre la conveniencia de una futura política de convivencia y de entendimiento que, sustituyendo a la tradicional suspicacia de Francia respecto a Alemania, pudiera haber hecho esperar al Héroe de Verdún como beneficioso y compensador fruto de la derrota de 1940, puesto que entre nobles y generosos militares, aun enemigos, cabe siem-

pre la comprensión y el juego limpio, tanto en el que sabe perder, y alguno de los dos tiene que hacerlo, como en el vencedor que con caridad cristiana echa el brazo sobre el vencido Nassau del cuadro de las lanzas. Puede un espíritu fuerte, a veces, exclamar: "¡Infortunio, bendito seas, que he sacado de ti provechosa lección y rectificación de torpe conducta!"

Lo que no cabe duda es que en aquellos momentos era absolutamente necesario que alguien salvara la situación desesperadísima, y lo hizo el Mariscal porque sólo él tenía prestigio para gobernar y, a la par tratar con el enemigo. La confianza primera se la había ganado en Verdún; pero tal vez más, así lo creemos, en 1917, tras el fracaso de la ofensiva de Nivelle, al restablecer la moral: la combativa de sus soldados, entrados ya por la vía de la sedición, y la de la interior del país, que volvió a estimar posible la victoria final. En vez de creer en conjuras políticas, comprendió las razones profundas y humanas de sus soldados, y

paternalmente atendió a ellas, y sin la efusión de sangre que toda represión de la indisciplina trae consigo, curó el mal.

Los móviles internos de la acertadísima conducta de Pétain, no fueron más que su formación cristiana, la caridad, el sentirse padre de los hijos que la Patria confiaba a sus cuidados. En una palabra, el amor a sus soldados. Pocos o nadie, fuera de él, hubiera sido capaz de ello.

Extiéndase el concepto a los franceses todos y queda explicada la aceptación del pesado cargo y amargo cáliz con que apencó veintitrés años después.

Siempre en la guerra tuvieron los medios morales una importancia preponderante sobre los materiales.

Sin embargo, con el tiempo y los progresos de las armas, que en la nuestra, aérea, llegan a lo superlativo, parece, más que verse, quererse ver que aquella mayor importancia ha ido menguando, que la superioridad técnica produce en la lucha aérea sólo el heroico y abnegado, pero estéril, sacrificio del que está en inferioridad de medios y que importa menos al Mando la preocupación por las crisis morales.

No hemos podido encontrar la fuente primera en que se relata una lección de Sócrates que impresionó, en su día, vivamente nuestro espíritu; pero vamos a traducirla directamente del libro del General Arthur Boucher *Les lois éternelles de la guerre* (1), dejando a la responsabilidad del autor la precisión de sus interesantes y hasta chispeantes términos.

El fracaso de los atenienses en Sicilia provocó su derrota completa ante Esparta. Sócrates, como todos los griegos, añoraba las glorias de Maratón y Salamina y el que no hubiera un general del fuste de Miliades o Temístocles. El arte de la guerra, que él conoció de aquellos días, ocupaba sus preocupaciones.

"A uno de sus discípulos, deseoso de distinguirse en la carrera de las Armas, le animó a solicitar las lecciones de un célebre profesor, Dionisodoro, recién llegado de Ate-

nas. El discípulo siguió su consejo. Con su nuevo maestro aprendió a formar un ejército para la batalla, a conducirlo de día y de noche por desfiladeros y por grandes rutas, en país llano o entre montañas; aprendió cómo se asienta un campamento y cómo se establecen sus avanzadas; cómo debe montarse el ataque de una posición y cómo batirse en retirada; cómo se asegura la travesía de un bosque y cómo se pasa un río; las mejores disposiciones para cubrirse de ataques de la caballería enemiga contra el frente, los flancos y la retaguardia; cómo se procede en el ataque o la defensa de una plaza, etc., etc.; las reglas todas que comprende la táctica.

"Terminado el curso, volvió el discípulo a ver al filósofo.

"—¿No notáis—dijo éste a sus acompañantes—lo imponente del aspecto de este muchacho desde que aprendió a mandar ejércitos?

"Y dirigiéndose a él:

"—Puesto que nosotros nos podemos ver llamados a mandar una compañía o una sección, danos una idea de lo que te ha enseñado tu maestro.

"—Todas las lecciones, de la primera a la última, han versado sobre la táctica.

"—¿Cómo? ¿No te ha hablado del cuidado que un jefe debe poner en mantener el vigor y la salud de sus soldados y en proveerles de cuanto les haga falta? ¿No te ha dicho lo que debe hacer para volver a sus soldados voluntariamente disciplinados y valientes? Has aprendido a formar un ejército para la batalla; pero los dispositivos de combate deben variar según las mil circunstancias que se presentan en la guerra. ¿Te ha hablado de lo que debe, sobre todo, preocupar al jefe antes de empeñar un combate?

"Y como a estas diferentes preguntas el alumno respondía que no se le había enseñado nada de eso e insistiera en que el curso no se había referido más que a la táctica:

"—Pues ¿de qué puede servir la táctica—replicó el filósofo—cuando las tropas son víctimas de las privaciones y la enfermedad; cuando a los hombres falte disciplina o valor; cuando los jefes ignoren las ma-

(1) Primera parte: "L'art de la guerre il y a vingt-trois siècles". 218 págs. de 16 X 11. Berger Lewault, Paris, 1923, págs. 47 a 53.

niobras de guerra? La táctica no es más que una pequeña parte del arte de la guerra. Vuelve a tu maestro, muéstrale tu ignorancia, y a poco pudor que tenga, te devolverá tu dinero."

De estas lecciones, que olvidó Dionisidoro, era Pétain un excepcional maestro, y las supo aplicar maravillosamente.

Y vengamos ahora a 1943.

Tomado más o menos exactamente de la realidad del bombardeo americano de la industria alemana, hemos tenido ocasión de ver una película de guerra. "Sublime decisión" titulaban a la versión española; "Command desition" ("Decisión del Mando") era el título, más exacto y expresivo, en inglés, y constituía una magistral lección de Arte Militar, mejor que el más preciso, pero escueto y frío, relato rigurosamente histórico, porque se adentra en el espíritu de todos los protagonistas: el Mando, los ejecutantes, hasta el país, en sus intromisiones políticas y periodísticas.

Una gran unidad de bombardeo diurno norteamericana está bombardeando unas fábricas del interior de Alemania, tan adentro que, no alcanzando a ellas protección de la caza, digámoslo en frase vulgar, se está dejando las muelas al roer tan duro hueso. El jefe, Denis, que ejerce el mando interino, es criticado por su dureza: los pilotos se quejan; un corresponsal de Prensa produce graves incidentes; las noticias de las bajas desmesuradas respecto a lo habitual y a los resultados al parecer obtenidos originan el general descontento. Se llega a que un jefe de escuadrilla, de valiente historia, sobrino de un senador, se niega a salir a lo que considera un suicidio estéril. La alarma en Washington provoca el regreso del jefe en propiedad, el nombramiento de una Comisión del Estado Mayor, presidida por el Coronel Garnet, para enterarse, y hasta de otra senatorial, que preside el tío del piloto sedicioso.

Pronto convence Denis a los técnicos, porque les muestra las pruebas documentales que evidencian la existencia de un nuevo avión alemán superrápido que en cuanto se produzca en serie habrá de barrer el cielo de aviones norteamericanos, y quiere destruir la fábrica aprovechando excepcionales y pasajeras condiciones meteorológicas.

Pero llegan los políticos; el tío sueña con distinciones para su sobrino. El jefe propietario convence a su buen amigo a que, por conveniencias del servicio, rompa las diligencias iniciadas y traten de salvar el discutido concepto táctico del eficaz bombardeo diurno, aunque sea caro; pero no basta: el senador acusa a Denis de sacrificar la juventud norteamericana a la mayor gloria militar de su persona.

El escándalo provoca el relevo de Denis por Garnet.

Duda éste en cuál sea el objetivo de su primera orden. Pide la carpeta de ellos y pregunta al Comandante su opinión. El diálogo se desarrolla, poco más o menos, así:

—No estoy habituado a decidir. Yo, afortunadamente, me limito a obedecer.

—Pues se lo mando.

—Mi opinión está influida por razones personales. Tengo un hijo en Infantería y no quisiera que al desembarcar se encontrara a merced de esos poderosos aviones.

—¿Y si su hijo fuera un piloto de este regimiento?

—Pues... (vacila un instante) mandaría bombardear también la fábrica.

Esa es la orden que da: la "sublime decisión del Mando". Y termina la película.

En la propaganda se alaba el hecho de que sin aparecer una sola mujer pueda obtenerse una cinta llena de interés y dramatismo, y, en efecto, son muchísimos los detalles fuertemente aleccionadores.

Tres veces vi la película; acabé por buscar y leer la novela de Wister Haines, que le sirvió de guión; inferior, por cierto, en varios detalles de matiz psicológico, por más rápidos y expresivos, mejor logrados. Una cinta que me pareció perfecta.

Llega un avión con un piloto muerto y el otro desvanecido; el observador hace en ese tipo su primer vuelo; pide instrucciones; le ordenan poner el piloto automático rumbo al mar y arrojarlo en paracaídas. Contesta creer sólo herido al segundo piloto. Decide entonces el jefe dirigir por radio las maniobras del aterrizaje en escalofriante diálogo, y al fin llega al suelo; pero, rodando ya, capota y estalla la gasolina.

Cuando el relevado, libre ya de la carga

del mando, puede hablar sin trabas ni reserva con su sucesor y amigo, le confiesa: "¡Si vieras cómo pesa y duele la duda, a veces, de si lo que se mandó ha sido lo más conveniente!" ¡Cómo abre los ojos al espectador, incluso militar en grado no superior, y enseña que el mando es, más que vana gloria, carga que la conciencia de la responsabilidad hace más pesada!

Por eso resulta temerario enjuiciar al Mando cuyas razones no se comprendan, y porque se resbala a la murmuración, "*veneno el peor que pueda introducirse en un Ejército*", y que, como dice la Ordenanza (1), "*con grave daño de mi servicio, indisponen los ánimos, sin proporcionar a los que compadecen ventaja alguna*".

Bien distintos aparecen los tres jefes: Denis, reservado e inflexible; el propietario, más dúctil y acomodaticio; cordial y comunicativo Garnet; pero todos intencionados igualmente en bien del servicio y por igual todos amando a sus soldados.

La buena fe del periodista, que cuando se entera rectifica noblemente, indica la necesidad de reserva en las operaciones y muestra la inconsciencia con que el afán informativo puede ocasionar aquellos descontentos y murmuración tan perniciosos.

El amor al compañero de armas, patriotismo y disciplina común a jefes y soldados, tiene hermosa expresión en el dolor del observador que se equivoca de objetivo, anulando el provecho de operación cruentísima, y la comprensión por parte del jefe, precisamente, de Denis, "mano de hierro", que, como más viejo, sabe más y se explica estas cosas, y en la honrosísima contestación del Comandante de Información, viejo en el servicio, identificado con verdadera disciplina, que no dudara en llevar al sacrificio a su propio hijo si era beneficioso para el conjunto de la guerra.

Espíritu de abnegación que no acaban de comprender los que no llegan a asimilar la esencia del espíritu militar. Sólo con él es posible al orden oblicuo. Ser fuerte en el momento y lugar decisivo, porque el resto sabrá aguantar hasta el sacrificio.

(1) Artículo 1.º de las Ordenes Generales para Oficiales. Tr. 11, título XVII.

Intromisión de la política en la dirección de las operaciones. Ya vemos a lo que conduce. Conferido el mando a un militar, debe tenerse confianza en él y mantener su autoridad. Cuestión es ésta que escapa a la brevedad de un artículo, pero que en este caso es notable se haya puesto bien de manifiesto en país que al Secretario de Defensa se exigía ser paisano o haber dejado las filas del Ejército con muchos años de anterioridad. Bien que cuando las circunstancias, con su gravedad, provocaron la intervención de Mac Arthur en Corea, precipitando el rearme de los Estados Unidos, se prescindiera de la ley y nombraran a Marshall.

Y otra lección también muy interesante. El poder educador del cine. ¡Qué magnífica preparación de la nación para crear en ella espíritu militar!

Por torpeza de los gobiernos, fuimos a las campañas coloniales contra la opinión, con redención a metálico del servicio militar, con ella equivocada en absoluto, a los sacrificios de Santiago y Cavite. Con desdén se recibieron a nuestras tropas vencidas, como si no hubieran salvado honrosísimamente el honor patrio, y pudo llegarse a las estridencias del "Cu-Cut". Y así se desarrollaron las campañas de Africa, hasta que las bofetadas despertaron la indignación del pueblo, cuyo honor habían mantenido adormecido sus regidores.

Pero ¡cuidado!, lo mismo que los asesores técnicos de esa película han sabido mejorar el libro que la inspiró, pueden cometerse equivocaciones lamentables, contraproducentes. Hay que saberse poner en la disposición de ánimo que se precisa suponer en el espectador.

Al final de la primera guerra mundial, con afán utópicamente pacifista, surgieron varias películas de tendencia antimilitarista: "Cuatro de Infantería", "Sin novedad en el frente", y otras más. Los dolores, las miserias que la guerra traía consigo, el que presentaban como vesánico e inútil heroísmo con que caían, sin razón ni utilidad, jóvenes oficiales alemanes, lejos de lograr un objetivo, despertaban, en todo corazón patriota, una reacción contraria de admiración y emulación ante la sublime grandeza espiritual que representa vencer abnegadamente dolores y miserias sacrificándose en aras de la Patria.